

EL PREMIO DE LA MONTAÑA

Según los entrenadores políticos y los oriticos deportivos de la democracia, España tiene que ganar este año el Premio de la Montaña. Dice José María Javierre que en 1978 la cuesta de enero va a durar los doce meses. Tratándose de un cura, podía haber utilizado una imagen mística: éste será el año de la ascensión económica al monte Carmelo. ¡Vaya por Dios! ¡A escalar, escaladores! Y además ya ha anunciado Fernández-Ordóñez que está prohibido el uso del teleférico. Ahora se explica uno por qué a Pérez de Tudela lo ficharon en Alianza Popular. No era como candidato, sino como asesor de ascensiones. Los caricaturistas políticos van a pintar en seguida a Adolfo Suárez tirando del pelotón hacia la cumbre del Tourmalet económico, como Federico Martín Bahamontes o como el pequeño y bravo Julio Jiménez, y le vamos a tener que llamar el Aguila de Cebraos. O sea, que todo el año pedaleando cuesta arriba. Los augures del tiempo económico destripan las aves de los augurios y les miran el hígado y profetizan días negros en abundancia. Los signos propicios todavía no aparecen por ningún lado. Don Enrique Fuentes Quintana nos abrió un poquito el cielo de las tormentas económicas para que pudiéramos entrever algún rayo de esperanza, que es su obligación, como la del médico que se pasa las noches y los días a la cabecera del enfermo, dándole ánimos y administrándole remedios. Que Dios se lo pague. Pero en seguida llegamos los augures del Banco de Santander y se ponen en plan Savonarola. La primera página de "El Imparcial" recoge la profecía terrorífica. Nuestra economía cae en picado. Desciende la inversión. La Bolsa continúa su viaje al centro de la Tierra y se pone en los mínimos desde aquellos tiempos en que la línea de ascenso rompía el techo de los gráficos. El mercado de capitales es un campo de soledad, mustio collado. Suben los precios y sigue aumentando el paro. Por si todo esto fuese poco, dicen que aquí ya no entran turistas rumbosos, que las empresas le deben a la Seguridad Social casi un cuarto de billón de pesetas, y las miradas de los españoles, tradicionalmente envidiosos, empiezan a fijarse en el sueldo de los ministros, en la nómina de la Televisión y en el chocolate del loro. Y, encima, el el gordo de la lotería del Niño se va entero a Bilbao, que es adonde se va, desde siempre, el dinero de los españoles cuando no se lo llevan a Suiza.

Cuando sobreviene la depresión económica, cada pueblo reacciona a su manera. Los italianos, por ejemplo, piden dinero para las misiones, se hinchan a "pasta asciutta", falsifican cacharros etruscos y se inventan el cine neorrealista. Los ingleses liquidan los restos del imperio, se toman un "sandwich" de lechuga a la salida de los museos y encuentran petróleo en el mar del Norte. Los alemanes se ponen a trabajar más todavía, que ya sabemos, desde que nos lo ha recordado el maestro Augusto Assia, que aún no se ha inventado un régimen político capaz de impedir que los alemanes trabajen. Y los españoles empezamos a protestar de las primas de los futbolistas, a dar tirones de los bolsos de las viejecitas y a irnos al bingo a ver si cantamos aunque sea una "línea", mientras decimos que las letras del coche, del televisor y del frigorífico nos las giren directamente por el notario. Siempre hemos tenido una interpretación fatalista de la vida y de la historia. Al fin y al cabo, más se perdió en la guerra de Cuba.

Todo este "crack" del 78 tiene su cara política. Aquí es mucho más fácil decirnos que estamos en Numancia y que hay que comerse las lentejas del doctor Negrín o ponerles a los coches los gasógenos de cuando el bloqueo, que convencernos de que hay que pedalear al mismo ritmo hasta coronar el puerto y que ya vendrá la cuesta abajo y el rodar mansamente por el llano. Los españoles estamos acostumbrados a echar la responsabilidad de nuestras penas y de nuestras glorias al Gobierno, y cuando llega un tío y nos dice que somos nosotros los que tenemos que resolver nuestros propios problemas, terminamos por decidir que lo vote su padre. Aquí, de siempre, o nos aguantamos en el infierno, porque para eso somos los más machos, o tenemos que prometernos meternos en el paraíso llevándonos gratis y en berlina. O haces la demagogia del heroísmo, o la de la tierra prometida, o sacas los mismos votos que don Enrique Tierno Galván. Con estos antecedentes es muy difícil que maduremos para la democracia en sólo un verano. Todo se andará, porque, como decía Benedetto Croce en pleno delirio mussoliniano, la democracia no se aprende más que ejercitándose en ella. Y en eso estamos. Pero a ver quién es el guapo del Gobierno que convoca elecciones en este pueblo cuando Don Quijote está perdiendo muchas ilusiones y Sancho Panza lleva poco queso en las alforjas.

Y, sin embargo, las urnas esperan. Hay que aprobar ya la Constitución, porque si no va a resultar que los Principios Fundamentales del Movimiento son, de verdad, permanentes e inalterables. Hay que hacer las elecciones sindicales, porque si no vamos a tener que creer en Marcelino Camacho y en Nicolás Redondo bajo la palabra de honor de don José Solís, que vuelva para decirnos que el Sindicato son ellos. Y hay que celebrar las elecciones municipales, porque, poco a poco, se van a quedar vacíos los ayuntamientos y las diputaciones, o hasta las asociaciones de vecinos de las barriadas más contestatarias le van a tomar cariño, a fuerza del roce, como en los matrimonios, a don Juan de Arespacochaga. Lo de la Constitución puede arreglarse en cuanto los socialistas encuentren una frase luminosa como esa que ha dicho Salvador Dalí para sal-

var los tiquismisquis de Alfonso Guerra sobre la forma del Estado. Don José María Gil-Robles, puesto en esa coyuntura por un entrevistador, dijo una vulgaridad, casi una ordinareiz. Dijo que él era accidentalista en esa materia. Salvador Dalí ha sido mucho más original: "Yo soy monárquico metafísico." Pues eso: en cuanto don Alfonso Guerra diga que él es monárquico surrealista, o monárquico cartesiano, o monárquico extraterrestre, ya está salvado lo de la Constitución. Con eso, y con una carta cristiana del cardenal Enrique y Tarancón, una vez que lo de la libertad de enseñanza tenga su sitio justo en el presupuesto, y con que el señor Letamendia se entretenga una tarde en fumarse la pipa de la paz con el señor Fraga, ya podemos tener referéndum constitucional. Estoy seguro de que vota que "sí" hasta don Carlos Hugo de Borbón-Parma, si es que le han dado ya el derecho al voto en España, y que se ha traído de por ahí un socialismo de tulipanes, y dice que el carlismo no quiere ser el brazo armado de la Iglesia, que ya me lo ha convencido doña Irene de que no se empeñe en lo de la Contrarreforma.

Para las municipales ya se están haciendo sondeos de opinión. Don Arturo Moya dice que esas elecciones las van a ganar el Centro, que por algo él es del Centro. Parece ser que la UCD quiere hacer unas listas de alcaldes y concejales mejor hechas que las que hicieron de diputados y senadores, que dicen algunos que si ahora metieran las fichas de algunos en los cerebros electrónicos esos que te dicen quién es el candidato ideal, habrían roto la máquina. Algunos sondeos predicen que quien va a ganar, con mucha diferencia, o sea, por goleada, es el PSOE, que no se sabe con certeza si esos resultados los publican para animar al personal a que vote al PSOE o para darle un susto y que los tibios se aparten de la tentación, que todos esos movimientos y más caben en las estrategias electorales. Algunos socialistas anuncian que están a punto de subir al poder, y luego te cuentan que eso lo dicen con la boca pequeña, porque el PSOE sabe que todavía no está dispuesto a formar Gobierno, y no sólo porque ahora hayan congelado el sueldo de los señores ministros, subsecretarios y directores generales, sino porque dicen que se fastidie el Centro y que siga gobernando—con el pararrayos de don Manuel Jiménez de Parga, eso sí—, porque no le arriendan la ganancia. O sea, que el elector, el curioso elector, está en estos momentos que no sabe lo que hará: si va a fastidiar al PSOE votando al PSOE o tiene que fastidiar a la UCD votando a la UCD. Para aumentar el desconcierto en el electorado minoritario. Llegan Fraga y Carrillo y se pelean en las Cortes, pocos días después de presentarse cogidos del brazo en el Club Siglo XXI, y en seguida llegan a la televisión el profesor Tierno Galván, repleto de ideología marxista, y el señor Fernández de la Mora, con su devoción contemplativa del ocaso de las ideologías, y se ponen de acuerdo ante el estupor de toda la grada del ruedo ibérico. Y ahora el electorado minoritario no sabe si complacer al profesor Tierno votando a Fernández de la Mora o fastidiar a Santiago Carrillo votando a Enrique Lister, o hacerle el corte de mangas a Moscú, votando a Santiago Carrillo, o satisfacer a don Manuel Fraga votando a don José María Gil-Robles, o liarse la manta a la cabeza y hacer alcalde de Madrid a ese carmelita descalzo que dice que él es marica y que qué pasa con eso, para terminar de una vez con el machismo celtibero.

Todo esto nos lo tendrán que aclarar antes de llamarnos a las urnas para votar en las municipales. Y si no nos lo aclaran antes, ya nos lo aclarará después don Ricardo de la Cierva. La verdad es que éstas son cosas propias de la transición y que no hay que llevarse las manos a la cabeza. Son muchos años de represión y de estar en Babia. La gente se acostumbrará a ver las películas políticas con la misma naturalidad con que ahora hace cola ante las taquillas del cine para ver "Emmanuelle". Terminaremos por no escandalizarnos de lo que antes nos producía escándalos más o menos farisaicos. Ahora cantamos el "Credo" nicaragüense y le llamamos puñetero a Pilatos, en lenguaje de cuartel, mientras que el teniente general Iniesta Cano se hace el signo de la cruz al oír el discurso militar de su compañero el señor Vega Rodríguez. En definitiva, alguien tenía que santiguarse en este país cuando en una Pascua militar se escuchan los nombres de Lister y de Modesto. Y antes de llegar a la sublimidad de André Gide habrá que pasar por los cuentos verdes del carmelita descalzo a quien el arzobispo de Valencia lo ha suspendido "a divinis", que es todavía peor que pasarlo a la situación B.

Entre estas y otras cosas, se nos ha muerto Tono, que ya se sabía que iba a durar poco después de habérsenos muerto Mihura, para que pudiéramos decir que se nos han muerto Tono y Mihura, así, juntos, como siempre. Y en esto sí que hay que ser catastrofistas, porque es cosa que no puede arreglar la democracia. En realidad, la democracia lo único que puede hacer es convencernos de que tenemos que ganar solos el Premio de la Montaña, y que seremos lo que nosotros queramos ser y no lo que quieran los demás. O sea, que ustedes tienen la palabra. De momento, podemos conformarnos con ser ni pobres ni ricos, sino todo lo contrario. Y con poner en el desván de los recuerdos aquel título de una revista que se creó para hacernos reír mientras nos dolía: "La Ametralladora".

Jaime CAMPANY